

El Mundo de las Aventuras

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

➤ Año I. ♦ Núm. 4 ◀

ESPAÑA
Un año (con la novela).. 12'50 ptas.
Un semestre „ 6'50 „
Número suelto „ 0'25 „

PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente.
Cada número (con la novela).. 50 reis.

Barcelona, octubre de 1892

Con el presente número se entregará el cuaderno 4.º
de «¡Hijo mío!», novela de la BIBLIOTECA

CUBA Y PUERTO RICO
Un año (con la novela). . 5 pesos oro.
En el resto de América
fijan el precio los Sres. Corresponsales
EXTRANJERO
Un año (con la novela). 18 ptas.



PEREGRINACIÓN A LA MECA.—Son devorados numerosos cadáveres

SUMARIO

Los Trecientos de Balaclava.—Caza del elefante á espada.—Las momias del Deir-al-Bahari.—Al Leu Drez.—Guerra á muerte (*continuación*).—Viaje á la Tierra del Fuego (*continuación*).—Peregrinación á la Meca.—Naufragio de la fragata turca *Ertogrul*.—Noticias.

EPISODIOS MILITARES

LOS TRESCIENTOS DE BALACLAVA

Las primeras horas de la jornada de Balaclava habían sido muy desastrosas para los ejércitos aliados. Poco antes de amanecer, lord Lucan, seguido de su estado mayor, avanzaba lentamente á través de la llanura, pudiendo ver, así que comenzó á alborear, dos banderas que flotaban en la colina de Canrobert, donde estaba el primer reducto de la línea exterior de defensa. Volvióse entonces hacia lord Paget, que iba detrás á pocos pasos, y díjole que el enemigo debía estar avanzando en aquel instante.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, vióse brillar como un relámpago, y el estampido de un cañonazo anunció que aquel puñado de valerosos turcos que defendían el reducto estaban alerta, esperando, sin duda, el ataque.

Acto continuo lord Paget, galopando hacia el punto donde se hallaba la caballería, dió orden de montar, y apenas se hubo hecho esto recibióse aviso de avanzar hasta las vertientes situadas detrás de la línea de defensa.

En aquel momento divisábase al S., allá en el horizonte, como una espesa nube: eran los compactos batallones de las tropas rusas, que avanzaban lentamente, pero de continuo, convergiendo sobre la colina de Canrobert, sin duda con el propósito de copar al diezmado batallón de turcos y apoderarse de la línea de defensa que se extendía por las alturas.

Nunca se sabrá cuánto hubiera podido hacerse, manejando hábilmente la caballería, para retardar aquel imponente avance de los rusos. Si los turcos hubiesen dado el aviso á tiempo, las consecuencias de la jornada habrían sido muy distintas, aunque tal vez no se hubiesen contado tantos hechos heroicos que excitaban la admiración del enemigo mismo, ni hubiera recaído tanta gloria en jefes que, hábiles en medio de una batalla campal, cometen no pocas veces torpezas y errores de monta cuando son sorprendidos de repente.

Como quiera que sea, los turcos permanecieron tranquilos sin pensar en nada, y á no ser por un oficial que les dirigió algunas advertencias, habrían caído desde luego en poder de las mismas tropas que tenían el encargo de vigilar. Atacados, pues, casi de improviso, lord Lucan, después de enviar un parte al cuartel general, limitóse á hacer varias demostraciones con la caballería.

Pero todo esto era inútil: los rusos, que estaban en

marcha desde las cinco de la mañana, seguían avanzando, imperturbables, como un enjambre de abejas, resueltos á tomar el fuerte. Muy pronto llegaron á millares ante el baluarte de la colina de Canrobert, cayendo después sobre los turcos, abrasados por el mortífero fuego de la artillería situada en las alturas del E. de Kamara.

Mientras pudieron resistir, los artilleros turcos no dejaron de disparar con sus tres cañones de á 12, únicos con que contaban; pero el enemigo no tardó en apagar sus fuegos. Siguióse á esto una encarnizada lucha, muy desigual, pues cada turco debía batirse al menos contra cinco rusos; y, aunque la resistencia fué desesperada, no podía dudarse del resultado. En efecto, á las siete y media de la mañana los defensores hubieron de ceder ante el número de las tropas moscovitas, y se desbandaron, dejando seis cañones en poder del enemigo.

No se contaban más que seis reductos, y cuando el de Canrobert fué tomado, las tropas turcas que defendían los tres siguientes, creyendo, sin duda, que sus compañeros habían sido abandonados por la caballería inglesa, y temerosos de sufrir igual suerte, ó bien poseídos del pánico, emprendieron también la fuga sin esperar á los rusos que avanzaban en son de ataque. Los reductos números 2 y 3, así como el fuerte de Canrobert, con sus siete cañones, quedaron muy pronto ocupados por el enemigo, que avanzó hasta el número 4; pero contentóse con desmantelarlo, después de lo cual se retiró.

Conocidos, pues, los primeros incidentes de aquella memorable lucha, no estará de más, antes de dar á conocer el brillante hecho de armas cuya gloria quedó oscurecida por el heroico desastre de la caballería ligera de lord Cardigan, describir brevemente el lugar del combate, indicando la disposición y objeto de los ejércitos.

Las esperanzas de lord Raglan, que se había propuesto destruir el fuerte de Sebastopol, no debían de realizarse, al parecer. Las tropas aliadas, que ocupaban sólidas posiciones en las alturas del Quersoneso, se proponían emprender un prolongado sitio, no creyendo que para ello se opusiesen sino dos dificultades de alguna gravedad: la primera era la perspectiva del invierno en Crimea, y la segunda era que se contaba con poca infantería para guardar el puerto de Balaclava y los depósitos de víveres situados cerca de este punto.

Sin embargo, el peligro que podía amenazar el puerto de Balaclava no era de temer sino por la parte del N., donde el desfiladero de Kadiköi conducía desde la llanura hacia el mar. En las colinas situadas al oeste hallábanse acampadas las fuerzas de los aliados; por el S., la escuadra inglesa dominaba las aguas y podía enviar sus buques de guerra hasta el reducido puerto; y por el E., aquellas escarpadas colinas eran muy propias para la defensa. Respecto al N., bastaban dos líneas de atrincheramientos para reforzar la plaza, al objeto de que la infantería pudiese resistir en la llanura mientras que el ejército sitiador enviaba tropas suficientes para prestar auxilio.

La línea interior de estos atrincheramientos forma-

ba una curva que, partiendo desde las rocas del mar, daba la vuelta por el N. de Balaclava, y tan inexpugnable se creía este punto, que se juzgaron suficientes para defenderlo dos compañías del regimiento escocés, número 93, 1,200 marinos y algunos hombres de la artillería real. Sir Colin Campbell guardaba el punto vulnerable, que era el desfiladero de Kadikôi, con el resto del 93, una batería de montaña y un batallón de turcos.

Ya hemos dicho antes lo que ocurrió en la línea defensiva exterior: de los seis reductos escalonados en las alturas, uno estaba desmantelado, y otros tres, incluso el de Canrobert, hallábanse ya en poder de los rusos.

Esa llanura de Balaclava (si tal nombre se puede aplicar á un terreno bastante escabroso) es la que primeramente va á ocuparnos aquí, así como también la pendiente que conduce al valle del S., pues en la depresión norte fué donde ocurrió la espantosa tragedia que debía hacer famoso el nombre de Balaclava entre las más sangrientas luchas. Por de pronto, baste decir que el éxito de la jornada dependía del 93 de *higlanders* que, al mando de sir Colin Campbell, guardaban el desfiladero de Kadikôi.

Pero antes de proseguir veamos cuál era la posición que ocupaban aquellos intrépidos escoceses. Si las fuerzas aliadas hubiesen tenido suficiente tiempo de que disponer, el general ruso Liprandi no se habría aventurado de ningún modo á oponer sus fuerzas á las que lord Raglan y el general Colin Campbell podían enviar á la llanura desde el Quersoneso; mas el general moscovita se proponía dar un ataque por sorpresa, y hasta entonces su plan había tenido el mejor éxito. Sin embargo, no le convenía retardar la acción de sus tropas victoriosas, tanto más en cuanto dos divisiones inglesas y dos brigadas de infantería francesa, juntamente con dos magníficos regimientos de cazadores de Africa, comenzaban á bajar de las alturas. Era evidente, pues, para Liprandi que si quería dar el golpe debía obrar desde luego.

Y el regimiento 93 era el destinado á recibirle, aunque no contaba sino con 400 hombres, unos 100 inválidos á su izquierda y algunas piezas de montaña. Ciertamente que estaban apoyados por un batallón de turcos; pero, fuera de esto, sólo debían contar con sus propias fuerzas; pues sin duda por una mala inteligencia de lord Raglan respecto al plan de Liprandi, el general inglés había dispuesto, cuando creyó llegado el momento, que la caballería se retirara del valle del Sur.

Fácil es imaginar cuáles serían las impresiones de los *higlanders* mientras se aprestaban á aguantar el choque del enemigo: la confianza en sí mismos, la perspectiva de una lucha heroica y el conocimiento exacto de la responsabilidad que sobre ellos pesaba, comunicábales el mayor entusiasmo: tenían sobre todo ciega fe en su caudillo y ansiaban el momento de la lucha.

Pero trascurría una hora y otra sin que el enemigo se presentara. La escasa fuerza acababa de aumentarse con 150 hombres, formados en dos de fondo. Por un momento creyóse que Liprandi debía estar loco ó ser muy torpe para no reconocer la insignificancia de

las fuerzas apostadas en el desfiladero de Kadikôi; parecía imposible que dejara escapar tan buena ocasión, y hasta los mismos escoceses censuraban su falta de energía.

Al fin, los rusos comenzaron á moverse, mas no la infantería, como todos lo esperaban, sino la caballería, cuyos escuadrones avanzaban en dirección oblicua hacia el desfiladero de Kadikôi.

Entonces fué cuando sir Colin Campbell, penetrado de su misión y de la de sus heroicos compañeros, tuvo en éstos la suficiente confianza para darles á conocer la importancia que tenían en rechazar durante el mayor tiempo posible á los cosacos. En su consecuencia, recorrió toda la línea y dirigió gravemente la palabra á sus hombres:

—Recordad, amigos míos, que aquí no hay retirada posible: todos deben morir sin abandonar su puesto.

—¡Muy bien, general!—contestaron todos alegremente.—Así lo haremos.

Semejante respuesta era propia, no ya de buenos soldados, sino de verdaderos héroes.

Cuando la artillería rusa rompió, al fin, el fuego, sir Colin mandó á sus hombres retirarse á la extremidad de la colina que ocupaban, encargándoles que se echaran en la pendiente, manteniéndose allí inmóviles.

Los dos batallones turcos que los apoyaban, completamente desmoralizados desde la toma de los reductos, habían emprendido la fuga, presintiendo una nueva derrota.

Los rusos avanzaban ya, y los escoceses continuaban inmóviles en la misma posición; pero cuando el enemigo estaba sólo unas mil varas, dióseles de pronto la orden de formar en dos de fondo y prepararse.

Pero ¿qué hacían los rusos entretanto? Todos se hacían esta pregunta al ver que sólo avanzaban unos 400 jinetes, fuerza demasiado insignificante para los intrépidos soldados que esperaban á un ejército.

Liprandi había cometido un error: en vez de enviar el grueso de sus tropas para atacar la posición, juzgó, sin duda, que bastaría para ello una escasa fuerza. Los escoceses, heridos en su amor propio, estuvieron á punto de lanzarse contra el enemigo para destrozarlo en medio de la llanura, y solamente la autorizada voz de su jefe pudo contenerlos.

—¡Noventa y tres!—gritó con acento de enojo.—¡Noventa y tres! ¡Nada de precipitaciones!

La caballería rusa, bajando de la pendiente de la Calzada, y al no encontrar enemigo alguno, dirigióse en línea recta á la entrada del desfiladero de Kadikôi; pero de pronto divisó los uniformes encarnados de la infantería inglesa, y sospechando una emboscada retiróse en buen orden, sufriendo el fuego de los *higlanders*, y tomó por la izquierda, como para flanquear la derecha de Campbell. Pero este último ordenó al punto una hábil maniobra para hacer frente al enemigo por el NE., y el movimiento se ejecutó con tal prontitud, que el resultado fué decisivo. Los rusos vacilaron, y retirándose una vez más por la izquierda, bajo el fuego de los ingleses, alejaronse á mucha distancia con alguna confusión, aumentada por la artillería.

El plan de los rusos había fracasado en esta parte;

pero aquella ligera victoria era muy insignificante, si bien preparó el camino para el magnífico hecho de armas que muy pronto debía seguirse.

Mientras los cuatro escuadrones enemigos atacaban á los escoceses de sir Colin, el grueso de la caballería rusa había proseguido su marcha con la artillería por el valle del Norte, y tanto avanzó hacia la altura, detrás de la cual se hallaba lord Cardigan con su caballería ligera, que se puso al alcance de la línea de las baterías, las cuales rompieron el fuego desde el Quersoneso, donde estaba lord Raglan observando los movimientos. Aquí, por lo menos, impidióse la

columna, seguido de su ayudante de campo Elliot, con la vista fija en la línea de los escoceses de sir Colin, en cuyo auxilio iba, cuando de pronto llamó su atención una cosa que le pareció extraordinaria.

La cumbre de las alturas de la Calzada presentaban en aquel instante el aspecto de un bosque de lanzas.

Pocos momentos después, una compacta masa de jinetes llegó hasta la cima, donde muy pronto reunieron numerosos escuadrones, dispuestos, al parecer, á precipitarse sobre la pequeña columna de Scarlett.

El general no podía apenas dar crédito á sus ojos,



BALACLAVA. — Ordenó el toque de carga

marcha de los rusos, los cuales, después de vacilar entre el avance y la retirada, tomaron, al fin, la dirección seguida antes por los cuatro escuadrones que atacaron á sir Colin.

Anteriormente, lord Raglan, que pudo observar el peligro en que se hallaban los valerosos escoceses del 93, había dispuesto que ocho escuadrones de caballería fueran en su auxilio, y ya el general Scarlett, á quien lord Lucan trasmitió la orden, habíase puesto en marcha cuando el grueso de la caballería rusa comenzó á flanquear las pendientes de la Calzada.

El general Scarlett, sin imaginar siquiera que aquellas fuerzas enemigas pudieran avanzar mucho por el valle del Norte y ejecutar sus maniobras sin ser molestadas, siguió la dirección E. hacia el valle del Sur con seis escuadrones, compuestos de los escoceses grises, dragones y guardias, los cuales formaron dos columnas: la primera siguió una dirección casi paralela á la línea de la Calzada, mientras que la segunda se inclinó más á la derecha.

El general Scarlett avanzaba á la izquierda de su

y preguntábase cómo se habría permitido al enemigo ejecutar semejante maniobra; mas no era posible dudar el hecho. De un momento á otro, aquella masa podría caer sobre su gente como una tromba.

Bastó un instante para que tomara su resolución, y, volviéndose á sus hombres, ordenó que el ala izquierda se formase en línea, disponiendo después que tomase posición á la derecha.

En las alturas, y próxima á caer sobre esas tropas, cuyo número no pasaba de 600 jinetes, hallábase la flor y nata de la caballería rusa, formando un cuerpo de 2,000 á 3,000 plazas. ¿Cómo resistir el rudo choque de aquella caballería cuando se precipitara sobre tan escasas fuerzas? La poderosa columna enemiga flanqueaba á los 300 ingleses de la primera línea por cada lado y moviase con perfecto orden.

En aquel momento reinaba un silencio de muerte, interrumpido sólo de vez en cuando por alguna exclamación. El humo de la artillería oscurecía poco la llanura, y á través de su trasparente velo podían distinguirse fácilmente las masas grises y las líneas encar-

nadas que marcaban las posiciones de las fuerzas contendientes.

¿Y qué hacían entretanto los soldados de Scarlett? Formábanse tranquilamente en línea, maniobrando con la mayor precisión, como si no les amenazase un

De repente, cuando parecía que la caballería rusa iba á caer como un torrente en el valle por la fuerza de su propio peso, resonó un clarín y el enemigo acortó su marcha, deteniéndose, al fin, completamente.

Ya hemos dicho que la causa no se pudo conocer,



BALACLAVA.—¡Seguidme!

inminente peligro de muerte. Y, sin embargo, la compacta columna bajaba con rapidez y no tardaría en llegar.

Tal vez la aparente confianza de la escasa tropa de Scarlett trastornó los cálculos del jefe ruso; pero inútil es hacer suposiciones sobre la causa del fenómeno que se siguió.

tanto más cuanto que todos saben que la eficacia de la caballería consiste precisamente en la impetuosidad y violencia de la carga; pero ello es que los ingleses vieron una oportunidad de salir de su apuro y aprovecharonla sin vacilar. Enfrente de su línea hallábanse agrupados cuatro jinetes: el general Scarlett, con su corneta de órdenes, el teniente Elliot y un ordenanza

Mientras el jefe y su ayudante cambiaban algunas rápidas palabras, la caballería rusa, hasta aquel instante estacionaria, comenzó á ejecutar otro movimiento.

Para acortar las primeras líneas de la poderosa columna, destacáronse dos alas á derecha é izquierda, comunicándose así mayor extensión al frente, sin duda con el objeto de envolver mejor al enemigo, encerrándole dentro de aquella compacta legión, y en este nuevo orden, la columna hizo ademán de avanzar otra vez.

Era necesario aprovechar aquel momento á toda costa, y el general Scarlett, volviéndose á su corneta, ordenó el toque de carga.

El caballo del general, de mucha alzada y sumamente brioso, partió al galope, seguido de Elliot, pero tan rápidamente que pronto quedó demasiada distancia entre el jefe y su escasa tropa; mas ya no era posible detenerse. El general se volvió en la silla, blandió su espada, y gritando —¡Seguidme!—precipitóse contra la columna rusa. Siguióle de cerca Elliot, después de atravesar de parte á parte al primer oficial ruso que le salió al encuentro, y en pos de ellos llegaron el corneta de órdenes y el ordenanza.

El general Scarlett había penetrado ya bastante en la columna rusa y batíase denodadamente, protegido en cierto modo por la misma densidad de la masa enemiga, cuando llegaron sus tres escuadrones, al mando del coronel White y del mayor Clarke, y poco después el resto de las tropas.

Los escoceses grises, ansiosos de lucha, precipitaron como una avalancha sobre el enemigo, hiriendo á diestro y siniestro para abrirse paso. Tal era el ímpetu de la carga, que la columna rusa hubiera retrocedido si le hubiese sido posible; mas el peso de sus propios escuadrones entorpecía los movimientos.

La lucha fué sangrienta como pocas. El teniente Elliot había recibido ya quince heridas, una de las cuales le partió el rostro. El general Scarlett, ligeramente herido también, mostrábase infatigable. El coronel White y el mayor Clarke recibían sendos sablazos en la cabeza; pero la ventaja se mantenía en favor de los ingleses.

De repente resonaron ruidosos gritos de triunfo, siguióse un ronco estrépito, y el frente de la columna rusa quedó completamente dividido.

Los escoceses grises y los dragones acababan de cargar de nuevo al enemigo, cayendo sobre él como una catapulta y penetrando hasta el corazón de la columna; pero la obra de los intrépidos Trescientos había terminado casi del todo ya. Los escuadrones rusos estaban completamente desordenados, y, rotas sus líneas, emprendieron al fin la retirada hacia las alturas de la pendiente.

¡Los Trescientos habían vencido!

Y entonces resonó en los aires un clamoreo inmenso: eran los escoceses del 93, precedidos de su jefe sir Colin Campbell, que, avanzando á galope con la cabeza descubierta, gritó:

—¡Intrépidos escoceses! ¡Tengo sesenta y un años, y si pudiera ser joven otra vez, sería para mí el más estimado honor figurar en vuestras filas!

Un momento después llegó un parte de lord Raglan, que sólo contenía dos palabras, para el general Scarlett: «¡Bien hecho!»

—Decid á S. E.,—contestó el intrépido general,—que le doy las más sinceras gracias por su aprobación.

Tal fué el heroico episodio que hizo memorable la jornada de Balaclava, una de las más famosas de la guerra de Crimea.

EL MUNDO CINEGETICO

CAZA DEL ELEFANTE A ESPADA

Una de las diligencias que hacen el servicio de Betulia á Pretoria, en la república de los Boers, estaba cruzando por las estepas del Transvaal, con toda la velocidad de los ocho caballos que del vehículo tiraban, á galope tendido. Doce viajeros, pertenecientes á distintas nacionalidades europeas, hacinados allí dentro como sardinas en barril, procuraban distraer el fastidio de la viajata de la mejor manera que podían, interin llegaban al rico territorio diamantífero. Y no faltaban diversiones por el camino, que compensaban los malos ratos experimentados con el terrible traqueteo de la diligencia: ya era una bandada de baguinos que huían haciendo mil cabriolas ante el restallido de la tralla del mayoral negro, ya eran gritos de admiración ante las verdes praderas cubiertas de mimosas y sembradas de ligeras eminencias cilíndricas. Por otra parte, el aire es en el país boer tan puro como confortante; los sentidos se sienten penetrados de un bienestar inefable; millares de pájaros lanzan sus trinos en la espesura de los árboles, y de vez en cuando cruza rápida como una flecha la gentil gacela, siempre tímida y bravía.

Los viajeros, pues, procuraban matar el tiempo charlando á más y mejor; quiénes de caza, dejándose atrás al mismísimo barón de Munchausen en punto á cinegéticas proezas; de no menos peligrosas, aventuras otros. Pero, por punto general, el tema de la conversación era cosa de montería: ya de cazas al león, ya al tigre y, sobre todo, al elefante.

Iban en el coche dos señoras, é interpellando al doctor Van Swelde, distinguido naturalista holandés y amigo suyo, famoso por sus proezas en la caza de aquellos proboscídeos, consiguieron que dejando á un lado su proverbial modestia se decidiera á referir uno de los más peligrosos *sports* á que se había dedicado en su larga carrera de Nemrod:

—De todas las monterías al elefante,—dijo Wan Swelde,—la más difícil y la más hermosa es, sin duda, la caza á espada.

—¡A espada!—exclamaron las señoras.

—Como se lo digo á Vds. Los indígenas la practican con habilidad; pero pocos europeos se atreven á ello. Sin embargo, yo me he atrevido, y también la señorita Niña...

—¡Una señorita!

—Los árabes del Alto Nilo,—siguió diciendo el doctor, sin contestar á la observación de las señoras,—son aficionadísimos á esta caza, en la cual despliegan verdaderos talentos. A ellos debo mis primeras lecciones, de igual manera que se las debe la señorita Niña. Esta encantadora criatura revelaba desde temprana edad las más felices disposiciones para el caso. No les costó mucho trabajo á los *aggagirs* ó cazadores abisinios educarla convenientemente, pero sí me costó á mí mucho el aprendizaje, pues se trataba no ya de ser un jinete consumado, un *sportmann* á la alta escuela, sino que era preciso rivalizar con los más diestros *écuyers* de circo ecuestre, con los más desenfrenados centauros árabes y cosacos. En cambio, para la señorita Niña, era aquello una bagatela. ¡Vaya con la Niña! ¡Qué intrépida era! ¡Qué descarada! ¡Qué fascinadora! ¡Tenía una manera de mirar que hipnotizaba! Cuando clavaba los ojos en alguien, descubriase en la profundidad de su pupila una voluntad tenaz. Terrible con los animales, zalamera con los hombres. ¡Oh señoras! No vayan Vds. á exclamar: ¡*Shocking!* La señorita Niña era mi yegua.

Una vez bien adiestrados los dos, partimos en compañía de algunos valerosos camaradas y de unos cuantos *aggagirs*. Por espacio de doce horas fuimos por un valle arenoso, sembrado de espesillos, surcado por torrenciales arroyos, en busca de pisadas de elefante. Por fin dimos con algunas huellas, que iban á parar á un macizo de rocallas, ó, por mejor decir, á una especie de cisterna. Allí estaba bebiendo un elefante.

—Formemos en semicírculo, y adelante,—me dijo un *aggagir*.

Obedecemos. La arena amortiguaba el paso de nuestros caballos; el viento, por venir en dirección contraria, no hacía traición á nuestra presencia. Admirábamos aquel soberbio paquidermo, un macho de la más hermosa especie, tipo espléndido del elefante de África, de orejas anchas como una capa, de trompa poderosa, de largos y sólidos colmillos. Nos hallamos ya tan sólo á algunos metros. El animal, saciado ya, sin duda, levanta la cabeza, nos ve y vuelve á sumergir su trompa en la cisterna. Acto seguido, sin decir —¡*Agua va!*—, da un rápido cambio de frente, que se hubiera creído incompatible con su aparente pesadez, levanta su trompa, la baja y nos envía á todos una ducha que nos pone como nuevos. Era aquello, evidentemente, una declaración de guerra en toda forma. Estaba echado el guante. Remojados, chorreando, cegados, nuestros caballos giran sobre sí mismo, franquean de un salto las rocallas y nos arrastran á galope tendido á una llanura sin fin en la cual nos azotan el rostro las altas yerbas que crecían en toda su extensión. El elefante trompetea como un desesperado. Toque de carga, porque se lanza en nuestra persecución con una velocidad notable. En aquella carrera loca, por aquel terreno impropio para correr, emprendíamos diferentes direcciones, de tal manera que el elefante, no sabiendo á quién dar caza, se plantó, emprendiendo luego con paso grave, la dirección de las rocas.

Nos reunimos y deliberamos. Un *aggagir* habla de enviar una bala. ¡Qué vergüenza! He venido por una caza á espada: debo servirme de la espada y el elefante debe perecer por ella. Acaricio á la Niña, que

parece comprender y aprobarme. Reformados en orden de combate, embestimos contra el paquidermo. Continúa su grave marcha. Gigante que desdeñaba aquella partida de liliputienses.

Sintiéndose demasiado encerrado, desvíase de su camino y se queda enfrente de nosotros con la inmovilidad de una esfinge egipcia. Ni uno de sus músculos se contrae. Tan sólo sus ojillos, yendo vivamente de un ángulo á otro de los párpados, revelan su enérgica vitalidad. Nuestros caballos se detienen. Dejo oír algunos silbidos con un ritmo particular, y la señorita Niña se adelanta orgullosa, lenta y fríamente hasta los pies del coloso. Conserva éste siempre su inmovilidad, pero su mirada se fija en la señorita Niña. Esta juega con sus pupilas. ¿Quién quedará magnetizado? Tanta audacia parece irritar al viejo macho. La señorita Niña, muy nerviosa, relincha y después ronca como un tubo de órgano.

De repente el elefante lanza un grito agudo y se precipita sobre nosotros. La señorita Niña hace una pirueta sobre sí misma, da un quiebro formidable y deja pasar á su adversario, que embiste á sus compañeros. Hélos ahí corriendo á todos por la llanura, dejándome detrás, pero la señorita Niña, emprendiendo de nuevo la carrera, gana en velocidad al elefante, le gana de un cuerpo. En aquel momento desenvaino, cojo mi espada con las dos manos y salto en tierra. En menos tiempo del que es menester para contarlo, la hoja rueda y se abate contra el jarrete del paquidermo. El golpe, asestado según las reglas, corta el tendón é interesa el hueso algunos centímetros. Yo en tierra, detiéndose la Niña. De un brinco estoy en la silla y dando una vuelta me lleva la Niña enfrente del animal. Le arrojo un puñado de arena á los ojos, y continuando la Niña su vuelta me encuentro al otro lado del elefante. Otro salto, otra estocada, y la segunda pierna queda herida. Borbotea la sangre. El coloso cae de rodillas sobre los pies delanteros, estertoriza con bramidos de trueno...—

Al llegar aquí se detuvo el coche. La diligencia había llegado ya á Pretoria.

HARRY

LOS TIEMPOS PASADOS

LAS MOMIAS DE DEIR-AL-BAHARI

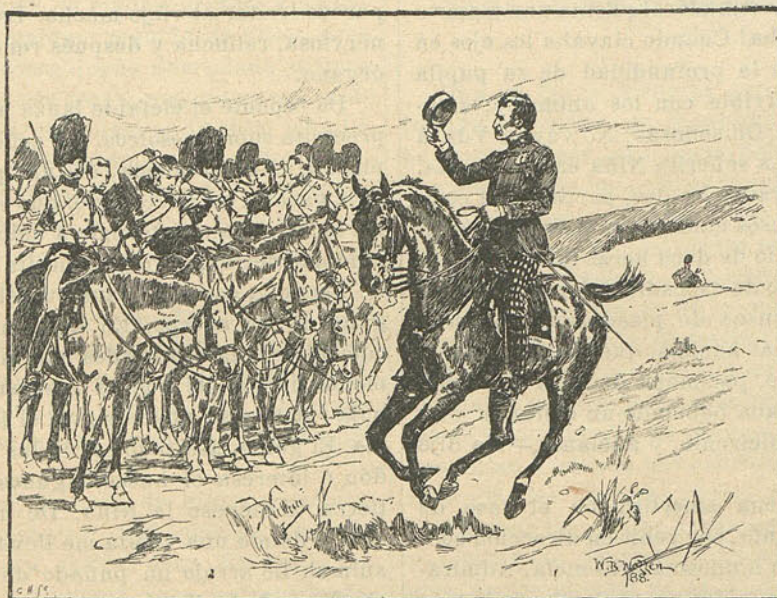
Nada más grandioso que la impresión que experimenta el viajero que, recorriendo el Egipto, quiere subir hasta el techo del templo de Lucsor. Ve á sus pies el ancho cauce del Nilo, dividido en muchos canales por cuatro largas islas que corren de SO. á NO. A derecha é izquierda del río rodean la llanura dos elevadas cadenas de montañas, que la ciñen formando un vasto circo en el cual se levantara un tiempo la soberbia Thebas. Las actuales ruinas de Karnak y de Lucsor señalan hoy parte de su emplazamiento, á la orilla derecha del río. En esta parte era donde se encontraban los edificios suntuosos, destinados especialmente á sepulturas reales y á necrópolis, constituyen-

do una especie de arrabales mortuorios designados por los griegos y romanos con los nombres de *arrabal libico* ó de *Memnonio*. Todo yace hoy sepultado bajo las arenas acarreadas por el simún, formando una eminencia en medio de la llanura.

Sabíase, sin embargo, lo que se ocultaba bajo esta eminencia. «Debajo del Memnonio,—dice Estrabón, escritor que floreció al comienzo de la era cristiana,—hay las tumbas de los reyes, en número de cuarenta, labradas en la roca de las cavernas. Es un trabajo admirable y digno de ser visto.» Cuando de resultas de la expedición de Bonaparte á Egipto se comenzó á estudiar científicamente el imperio de los Faraones, practicáronse desde luego muchas excavaciones en la

cada personaje. Las excavaciones continuaron activamente, y las momias descubiertas, sacadas de los tenebrosos hipogeos en que permanecieran por espacio de tres mil años, fueron conducidas á hombros hasta unas barcazas que las bajaron al Cairo, para ser depositadas en el Museo de Gizeh.

Pero no pararon aquí los descubrimientos: á 73 metros en el interior de la galería apareció una ancha escalera que conducía á un segundo subterráneo, orientado como el primero de N. á S., mientras otra galería, situada al nivel de la escalera, partía en dirección de E. á O., formando entre todas un total de más de 150 metros. Parece ser, dado el desorden en que se encontraron los sarcófagos, que éstos habían sido ocul-



BALACLAVA.—¡Intrépidos escoceses!

llanura de Thebas, exhumándose diversas ruinas que pueden clasificarse en cuatro grupos, cada uno de los cuales recibe la denominación de la aldea fellah más vecina; á saber: Lucsor, Medinet-Abu, Karnak y Kur-na. En nuestros días han seguido practicándose exploraciones muy notables por Mariette Bey y Maspero y últimamente por M. Grebault, director del Museo del Cairo, quien con el descubrimiento conseguido el 31 de enero último, y del cual vamos á hablar, prestó un servicio inmenso á la historia de la civilización egipcia.

Buscando hacia el E. del templo de la Reina Hatasú, cerca de una aldea llamada Deir-al-Bahari, encontró M. Grebault un reducido espacio no explorado, en cuya vecindad se había descubierto el sarcófago de una reina. Abrióse una zanja y apareció un pozo de 15 metros de profundidad, en cuyo fondo se encontró una puerta obstruida con grandes piedras. Quitadas éstas y abierta la puerta pudo penetrar en una inmensa galería en la cual estaban colocadas las momias reales con todos los objetos funerarios que se estilaban en aquella época, además de lo cual cada féretro contenía un papiro con la historia minuciosa de

tados allí para sustraerlos á las profanaciones de algún ejército invasor. Las momias pertenecen á sacerdotes y sacerdotisas de Ammón, de Set, de Ambis, de Menton y aun de la reina Aah-Hotrp, ascendida, después de su muerte, á la categoría de divinidad. Todas estas momias están encerradas en un triple féretro cuyas tapas aparecen ricamente decoradas.

Este inesperado descubrimiento debe contarse entre los más importantes que se hayan realizado nunca en el antiguo imperio de los Ramsés y los Apepis.

P. ALMEIDA Y BLANCO

AL LEU DREZ ⁽¹⁾

¡Cuán dulcemente duermen los niños en sus abrigadas cunas! El perro amarillo ronca tendido en la puerta; las vacas rumian en sus establos; la luz moribunda de la chimenea tiembla tras la vieja poltrona del abuelo.

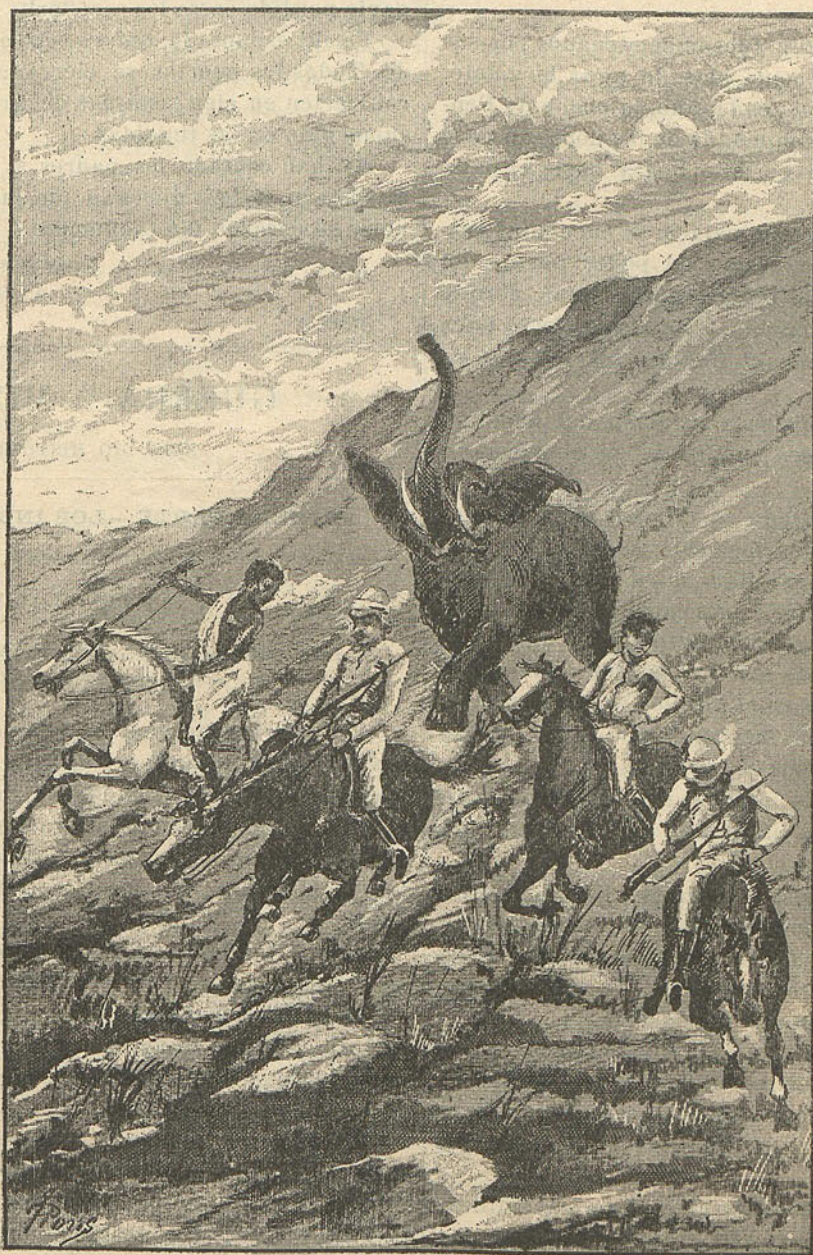
(1) Nombre céltico del arenal de San Miguel en el Departamento de la costa del Norte (Francia.)

Ahora es tiempo de santiguarse y rezar en voz baja una plegaria por las almas de los que hemos amado. Oid, que suena la media noche en la iglesia de San Miguel del Arenal, la media noche de la Pascua de Pentecostés.

Es la hora en que los verdaderos cristianos reposan sus cabezas sobre la almohada de paja, contentos con

ducir á confesarse á las lindas doncellas, sentadas en la grupa de su caballo, con el brazo apoyado sobre su hombro.

Ved aquí la razón por qué Perik se pasea en el arenal, con los pies en las dunas de San Eflam, mientras los cristianos reposan en sus casas protegidos por la Virgen. Perik está enamorado de las riquezas y de las



CAZA DEL ELEFANTE.—Se lanza en nuestra persecución

lo que el buen Dios les ha dado y durmiéndose al suave murmullo de la respiración de los niños dormidos.

Mas Perik Skoarn no tiene hijos pequeños: es un aventurero solo en la tierra. Ha visto á los nobles de los alrededores venir á la misa de la parroquia y ha tenido envidia de sus caballos con jaeces de plata, de sus capas de terciopelo y de sus medias de seda de tan variados colores.

El quisiera ser rico como ellos para tener en la iglesia una silla revestida de tafíete rojo y poder con-

bellas: los deseos son tantos en su corazón como los nidos de las golondrinas de mar en los grandes arrecifes.

Las olas suspiran tristemente en lo negro del horizonte; los cangrejos roen con un ruido sordo los cadáveres de los ahogados; el viento que sopla por entre las grietas de Roch Ellas imita el silbido de los bandidos; pero Skoarn se pasea, á pesar de todo.

Mira la montaña y recuerda lo que le dijo el viejo mendigo de la cruz de Yar. El viejo mendigo sabe lo

que ha sucedido en la comarca, desde que nuestros más viejos encinos eran aún bellotas y nuestras más viejas consejas eran huevos sin cubrir.

El mendigo de Yar le ha dicho que en el lugar donde ahora está la duna de San Eflam se levantaba en otro tiempo una ciudad poderosa; sus flotas cubrían la mar y estaba gobernada por un rey cuyo cetro era una varilla de nogal, con la cual cambiaba las cosas según su gusto.

Pero la ciudad y el rey fueron condenados por sus crímenes, y las arenas, como olas de agua hirviente, sepultaron la ciudad. Sólo cada año, la noche de Pentecostés, á la primera campanada de las doce, un paso se abre en la montaña y permite llegar hasta el palacio real.

En la última sala de este palacio se encuentra suspendida la varilla de nogal que da poder para todo; pero para llegar á ella es preciso apresurarse, porque al sonar la última campanada, el paso se cierra para no volver á abrirse hasta el Pentecostés del año siguiente.

Skoarn no ha olvidado esta relación del mendigo de Yar, y por eso se pasea tan tarde en el arenal de Leu Drez.

Por fin, un retintín agudo se deja oír en el campanario de San Miguel. Skoarn se sobresalta...

A la claridad de las estrellas, mira la roca de granito que corona la montaña entreabrirse lentamente, como la boca de un dragón que despierta.

Sujeta entonces con su mano el cordón que ciñe su peripunte, y se precipita en el pasillo, primero oscuro, luego iluminado con una luz semejante á las que se ven brillar de noche en los cementerios.

Llega así á un palacio inmenso cuyas piedras están esculpidas como las de la iglesia de Folgoat ó de Quimpez sur l'Odet.

La primera sala en que penetra está llena de cajas, en las que hay tantas monedas de plata, como granos de trigo en la era después de la trilla. Perik quiere algo más que dinero y pasa adelante. En este momento suena la sexta campanada de las doce.

Encuentra una segunda sala rodeada de cofres rebosando más oro que yerbas en flor los jardines en el mes de junio. Perik Skoarn ama el oro, pero quiere aún más y sigue adelante. La séptima campanada acaba de sonar.

La tercera sala está adornada con canastillos, en que las perlas se derraman como la leche en los lebrillos de la tierra de Cornouailles en los primeros días de la primavera. Skoarn quisiera llevarlos á las lindas jóvenes de Plestin, pero continúa su ruta oyendo sonar la octava campanada.

La cuarta sala está relumbrando por los cofres llenos de diamantes que arrojan más luz que las hogueras de juncos sobre la costa de Duron en la noche de San Juan. Skoarn queda deslumbrado; se detiene un instante: después corre á la última sala oyendo sonar la novena campanada.

¡Aquí queda súbitamente penetrado de admiración! Ante la varilla de nogal que se ve suspendida del lecho están alineadas cien hermosas jóvenes capaces de perder á un santo. Cada una de ellas tiene en una

mano una corona de encina y en la otra una copa de vino de fuego. Skoarn, que ha resistido á la plata, al oro, á las perlas y los diamantes, no puede resistir á la vista de estas bellas criaturas amadas por el pecado.

La décima campanada suena y no la oye; la undécima resuena, y él queda inmóvil. ¡Se oye, por fin, la última campanada, tan lúgubre como el cañonazo del navío perdido entre los escollos!

Perik, espantado, quiere retroceder; pero ya es tarde. Todas las puertas se cierran; las cien jóvenes se convierten en cien estatuas de granito, y todo queda sumergido en las tinieblas.

Así han contado los padres á sus hijos la historia de Skoarn. Sabéis ahora lo que sucedió á un joven por abrir su corazón tan fácilmente á las seducciones.

Traducción de EMILIO SOUVESTRE por

ALFREDO HIGAREDA

(México)

GUERRA A MUERTE

EPISODIO HISTÓRICO

PRIMERA PARTE.—LOS INDEPENDIENTES

(Continuación)

CAPITULO IV

LOS AMORES DE FELIPE Y LAS ESPERANZAS
DE BUSTAMANTE

Y era la verdad que, á pesar de la divergencia de sus opiniones, se profesaban viva estimación Santiago Maugrin y D. Juan de Ródenas, dando el curioso ejemplo, en aquella época de alteraciones y pasiones políticas, de una amistad no muy antigua aún, y, sin embargo, leal, franca, sin ulterior designio por una ni otra parte.

Hemos hablado ya de la noble hospitalidad que halló Ródenas en Tours, en casa del antiguo convencional. Digamos ahora que cuando se desmoronó el imperio, Felipe Maugrin se retiró á la casa paterna para restablecerse de sus grandes fatigas, y que allí conoció á Inés de Ródenas.

Sólidamente cuadrado y de estatura de 5 pies y medio, el comandante de dragones tenía una cara casi femenina, en la que brillaban dos ojos azules y dulces. Era un rudo y fiero soldado, un verdadero *duro de cocer*, aunque no contase más que treinta años. Tenía los candores de un niño y las timideces de un polluelo que ha perdido á su madre. Él, á quien los retumbos del cañón y de la fusilería conmovían apenas; él, que cargaba y se precipitaba en la refriega con la sonrisa en los labios; él, que encontraba frases arrebatadoras y vibrantes para llevarse el escuadrón cuando era menester tomar una posición bajo una lluvia de fuego, ruborizábase al hablar á una mujer y no se atrevía á mirarla cara á cara.

D. Juan de Ródenas abandonó á Tours llevándose á su hija y á su hermana, asegurando á Santiago Maugrin que conservaría un eterno recuerdo de los cuidados que le habían sido tan generosamente prodigados.

Después de la primera Restauración vinieron los Cien Días; después de los Cien Días vino la segunda Restauración. Esta persiguió á los republicanos é imperialistas. Santiago Maugrin recibió orden de destierro.

—Hijo mío,—le dijo á Felipe,—se me prohíbe morir en mi patria.

—Padre, te seguiré,—respondió Felipe.

—¿Por qué has de abandonar á Francia, mi querido hijo? ¡Es tan dulce vivir aquí! Eres joven, el porvenir te sonríe, se olvidará pronto que hayas servido al Imperio y recobrarás tu empleo en medio de este ejército que no es solidario de las apostasías y de las traiciones de que somos tristísimos testigos.

—No he servido á un partido: he defendido á Francia.

—Bendito seas, hijo mío. Lejos de la patria, no moriré en la desesperación, puesto que te tendré cerca.

—¿Dónde iremos?

—Escoge tú.

—¿Dónde está el brigadier Ródenas?

—En América, en la capitania general de Caracas.

—Partamos para Caracas.

Santiago Maugrin miró largamente á su hijo y añadió:

—Felipe, tu corazón estaba ya *allá abajo*.

El antiguo convencional y el comandante de dragones se embarcaron en Nantes. Tres meses después tocaban en Puerto Cabello y se encontraban huéspedes de D. Juan de Ródenas.

Jerónimo Bustamante ignoraba estas particularidades, pero por una especie de intuición familiar á los espíritus rectos y decididos adivinaba la noble conducta de Santiago Maugrin. Así es que admiraba sin reserva al viejo convencional y ponía desde luego toda su confianza en él. Experimentaba áspero placer en contarle á su manera los abusos de la dominación española, los odios y rencores de los hispano-americanos, y, en fin, sus esperanzas para el gran día de la próxima emancipación.

La situación, sin embargo, era verdaderamente triste y lamentable. Una serie de reveses y de acontecimientos desgraciados habían comprometido las ventajas de la primera hora. La toma de Cartagena y la batalla de Puente ganada por los españoles debían quitarles toda idea de desquite á los insurrectos.

—Comprendo vuestras aspiraciones,—dijo Santiago Maugrin;—pero el momento no es propicio para volver á la lucha. Seréis infaliblemente derrotados y no puedo aceptar que se luche cuando se está seguro del vencimiento. Entonces no es ya heroísmo, sino testarudez.

—¡Ay de las naciones que se abandonan!—respondió el alcalde con énfasis muy americano.

Y endilgó un discurso declamatorio en que se confundían las lamentaciones con las amenazas, hasta que pasado aquel rapto de lirismo añadió:

—¿Por qué desesperar antes de intentar la postrera prueba? Los destinos de los hombres y de los pueblos experimentan á veces repentinos cambios que asombran en la historia. ¿Qué hubiera sido de los Estados Unidos de la América del Norte si Washington, establecido en el desierto de Valley Forge, hubiese flaqueado un solo instante? Y, sin embargo, su ejército

estaba reducido á 2,000 hombres que carecían de todo, de víveres, de vestidos, de abrigo, pero que tenían fe en su obra y en el porvenir, y creían en la regeneración de su patria doblada bajo el talón de Inglaterra. Ahí estaba su fuerza, en eso estribaba su prestigio; prestigio que iba á darle la victoria. Nosotros también tenemos nuestro Washington, y nuestros ojos se vuelven hacia él, nuestros labios le llaman, nuestras manos le imploran.

—¿Queréis hablar de Bolívar, sin duda?

—Sí, de Simón Bolívar, de este ilustre patriota á quien todo un pueblo agradecido ha concedido el título de *El Libertador*. ¡Ah, señores! Si conocieseis la magnanimidad de su alma y la rectitud de su espíritu; si supieseis todo lo que hay de valor y de firmeza inquebrantable en su corazón, pensaríais con todos los hispano-americanos que nuestra causa no está perdida mientras viva Bolívar para servirla. En Francia hubiera sido una de vuestras glorias más puras; en Roma hubiera reemplazado á Bruto.

—Pero Simón Bolívar anda fugitivo; está desarmado; es impotente. Según las últimas noticias comunicadas al brigadier Ródenas, se encuentra actualmente en una de las Antillas y piensa embarcarse para Europa. No tenéis, pues, que contar con su concurso.

Un doloroso fruncimiento contrajo el rostro de Bustamante y su mirada se nubló. Después de algunos segundos de reflexión hizo un gesto enérgico para apartar la penosa impresión que experimentaba, y exclamó:

—¡No! ¡Bolívar es incapaz de semejante cobardía! ¡Bolívar no nos abandonará!

—Los acontecimientos son más fuertes que su voluntad. ¿Qué intentar sin soldados, sin dinero, sin armas? ¡Ay! Lo mismo que la Fortuna, la Libertad es mujer y no ama á los viejos ni á los vencidos.

—Bolívar se acordará: me han contado que en Italia se había detenido sobre el Monte Aventino, y allí, ante la Ciudad Eterna y de los gloriosos recuerdos evocados en una hora de entusiasmo, juró arrojar á los españoles. Simón Bolívar cumplirá su juramento.

—Puede realizarse este juramento sin nuevo derramamiento de sangre.

Apenas acababa de pronunciar Santiago Maugrin este caritativo voto se oyó cantar esta copla familiar á todos los llaneros:

Mi caballo y mi mujer
se me murieron á un tiempo.
Vaya mi mujer al diablo:
el caballo es lo que siento.

—¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Quién será el importuno que nos distrae?—dijo el alcalde con impaciencia, adelantándose hacia el patio.

(Se continuará)

VIAJE A LA TIERRA DEL FUEGO

(Continuación)

II

EN LA TIERRA DE LOS ONAS

Pasemos ya á la otra parte del estrecho de Magallanes, y después de cuatro horas de travesía saltamos

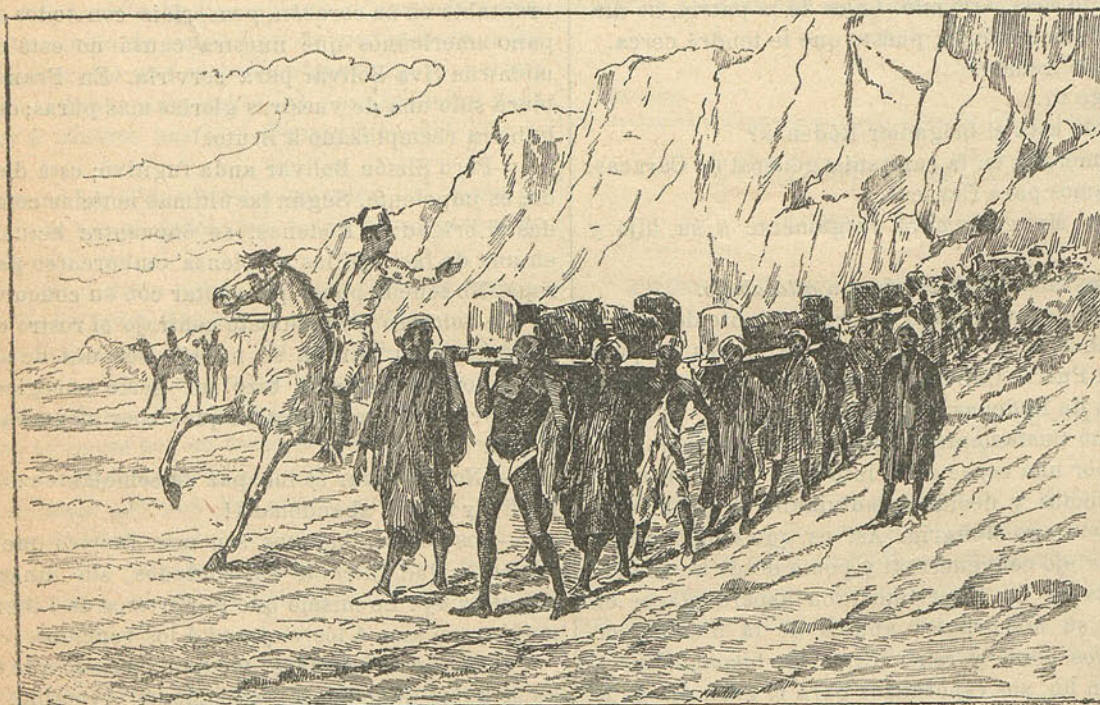
en tierra en la *bahía del Porvenir*, al NO. de la Tierra del Fuego, frente á Punta Arenas.

La bahía que hemos citado mide unos cinco kilómetros de longitud y se llega á ella por un canal muy tortuoso, en el cual sería imprudencia aventurarse en un buque que calase más de tres metros. Toda la bahía está rodeada..., digámoslo claro, de tabernas cuya clientela constituyen los numerosos mineros de oro que trabajan en los arroyos vecinos.

Entre esta bahía del Porvenir, al NO. de la isla, y la bahía de Gente Grande, algo más al N., median numerosas lagunas que, según algunos, son indicio de una antigua comunicación entre ambas. En esa bahía de Gente Grande hay actualmente instalada una gran-

en un baño frío. Excusado es decir que no puede encenderse fuego y que no hay que contar ni con agua potable ni con alimento, por lo cual es preciso prepararse para hacer frente á la falta de una y otra cosa.

Al SO. de la bahía de Lomas suelen establecer sus campamentos los indios *Onas*, muy bravíos. Con todo, si se consigue convencerles de que no se va con mal fin, se muestran bastante tratables y no dejan de regalar al extranjero con grandes cubos de carne de ballena. En el fondo de la bahía, donde se extiende una llanura arcillosa de más de once millas de anchura y en el Cabo de Santa Catalina, que es su terminación más pronunciada, opuesta al Cabo de las Virgenes, esto es, á la misma entrada del estrecho, trabajan



LAS MOMIAS DEL DEIR-AL-BAHARI.—Las momias fueron conducidas á hombros

ja inglesa, en la cual se albergan más de diez mil cabezas de ganado. Desde una á otra bahía, siguiendo por la costa, la playa está cubierta de osamentas de ballena y restos de árboles de toda suerte, arrojados aquí desde las costas de la Patagonia. Una de las lagunas que hemos dicho, la cual mide 6×2 kilómetros, está sembrada de islotes en los cuales se albergan infinidad de cisnes.

Desde Bahía de Gente Grande á Bahía de Las Lomas (al NE., junto á la entrada del estrecho), corre una inmensa llanura pantanosa, que en las horas de pleamar queda cubierta de agua. Todo aquel trayecto está habitado por fuegianos, armados de arco, y de continuo azorados por la presencia de los extranjeros. La costa, además de pantanosa, ofrece el inconveniente de estar surcada por innumerables arroyos que hacen expuesta y dificultosa la marcha. Tanto es así, que el que tiene que acampar en aquellas soledades se ve obligado á montar la tienda sobre estacas, á guisa de habitación lacustre, si es que no quiere dormir metido

diversas cuadrillas de mineros de oro, que recogen por término medio de entre las arenas, de 6 á 8 gramos del precioso metal, vendido luego en Punta Arenas á razón de 10 reales el gramo.

El Cabo Espíritu Santo, en la costa del Atlántico, algo al SE. de Cabo Santa Catalina, señala la frontera entre los terrenos chilenos y los argentinos. Una línea imaginaria, trazada de N. á S., divide la isla en dos porciones, perteneciendo la occidental á Chile y la oriental á la República Argentina. De las colinas inmediatas bajan muchos arroyos auríferos.

Bajando hacia el SE. llégase al río Cullen, que desemboca á 17 kilómetros al N. de la bahía de San Sebastián, abundante en pastos. Es aventuradísimo establecer el campamento en tal paraje, pues llega hasta allí la pleamar y lo arrastra todo. Viajeros ha habido (si bien eso sucedía en agosto, es decir, en pleno invierno) que se vieron gravemente comprometidos por el nevasco y por el desbordamiento del Cullen.

Desde la bahía de San Sebastián á Bahía-Inútil (de NE. á SO.) por el interior, la marcha es siempre muy difícil, quedando entre ambas como un istmo, al N. del cual se extiende la península formada por el territorio de cuya costa hemos hablado hasta aquí. El terreno forma una serie de ondulaciones y se distingue por su aridez, viéndose tan sólo de vez en cuando algún chaparro ó tal cual mancha de musgo. La desolación del paisaje acaba de completarse con la presencia de numerosos mochuelos que anidan en aquellas melancólicas colinas, y en cuanto á medios de subsistencias, no hay otros que el albur de poder cazar algún guanajo. Una de las curiosidades del viaje es la existencia de un lago de rojas aguas (tan rojas que parecen sangre) en la meseta de una colina, á 80 metros sobre el nivel del mar; coloración ocasionada por una criptógama especial.

Doce días se invierten en la marcha á través de ese istmo que decimos, y la existencia de numerosos lagos de agua salada entre Bahía-Inútil y Bahía de San Sebastián indica bien que en otro tiempo comunicaban ambas por un canal, y prueban que la isla Tierra del Fuego se elevó rápidamente por encima del nivel del mar.

Llegados, por fin, á Bahía-Inútil, gozaremos de un espectáculo desconocido hasta entonces: tanta es su belleza. Toda la parte norte aparece festoneada por bosques de hayas, de magnolias y de casias silvestres; mil limpidos arroyuelos bajan de las verdes colinas, formando graciosas cascadas, y dejan oír sus trinos centenares de melodiosas avecillas, contrastando este idílico paisaje con las escenas de desolación anteriormente descritas.

Y ahora volvamos ya á Punta Arenas, desde cuyo punto emprenderemos de nuevo la marcha para visitar el S. de la tierra fuegiana.

L. G. A.

(Se concluirá)

COSTUMBRES RELIGIOSAS

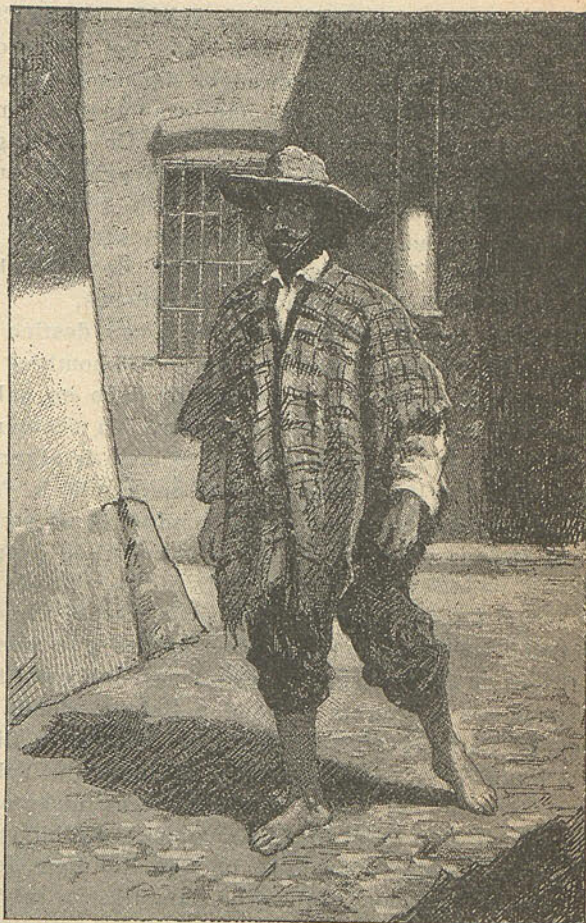
PEREGRINACIÓN A LA MECA

La peregrinación á la Meca, que equivale á ganar lo que llamaríamos una indulgencia plenaria, se cuenta entre el número de instituciones divinas impuestas á todo musulmán, siendo obligatoria lo menos una vez á la vida. El objeto de la visita es la *Caaba*, construída por Adán y reedificada por Abraham (según Mahoma). El ángel Gabriel trajo allí la piedra negra (que es un simple meteorito), que es besada por todos los peregrinos.

Después de la muerte de Ismael, los árabes amalecitas se apoderaron de la Caaba y del pozo de Zem Zem, del cual había manado agua milagrosamente á ruego de Agar, en el momento en que el hijo de esta esclava de Abraham iba á perecer de sed. Destruída la Caaba repetidas veces fué reedificada por Amur-ben-Laba, yendo diversas tribus á establecerse en sus conornos. El califa Omar construyó á su vez una mez-

quita alrededor de la Caaba (nombre que significa *casa cuadrada*), y á mediados del siglo XVII fueron reparados los pabellones de las cuatro sectas ortodoxas y los pórticos de la mezquita, tales como se ven hoy.

No describiremos la Caaba, ni entraremos á referir el tráfico que allí se hace, explotando desvergonzadamente á los peregrinos, ó *hadji*, limitándonos por hoy á decir algo sobre las peregrinaciones. Por término medio van á la Meca cada año unos 260,000 musul-



GUERRA Á MUERTE.—Un desgraciado á quien habéis encontrado ya en las calles de Puerto Cabello

manes, ya por tierra, ya por mar, interviniendo en la romería una comisión sanitaria internacional que vigila las reuniones, arregla la marcha de las caravanas y se ocupa en la policía é higiene de los campamentos. La Turquía cuida de aplicar algunas medidas preventivas en los alrededores de la Meca, á fin de evitar lo que sucedía no hace aún algunos años (hasta 1868), cuando de resultas de las malas condiciones higiénicas en que se encontraban los peregrinos se desarrollaban allí el cólera, la peste y el tifus. A pesar de todo, sin embargo, no se ha podido lograr que los peregrinos dejasen de trasportar terribles gérmenes de epidemias, como sucedió en la peregrinación de 1890, en cuyo año quedaron insepultos en las cercanías del puente de Djeddah innumerables cadáveres abandonados, devorados por los perros y los buitres. Conviene, pues, redoblar las medidas sanitarias y aumentar los puestos en que se someta á desinfección á los peregrinos, tanto

más en cuanto desde la apertura del istmo de Suez es más fácil que antes la propagación del cólera ó de la peste por la vía marítima.

LOS DRAMAS DEL MAR

NAUFRAGIO DE LA FRAGATA TURCA "ERTOGRUL"

Frecuentísimos son los ciclones en el mar de la China y en la parte del Pacífico que baña las costas del imperio del Mikado, recordándose aún en el Celeste Imperio el naufragio en aquel mar de la inmensa armada destinada á la conquista del Japón. Un naufragio reciente, ocurrido también allí, el de la fragata de guerra turca *Ertogrul* (nombre del jefe de la Dinastía de los osmanlies) ha producido profunda sensación en Asia y Europa. Era un hermoso vapor, de 600 caballos y 2,340 toneladas, armado de 12 cañones.

Partió la fragata de Constantinopla con destino al Extremo Oriente, conduciendo á bordo 653 hombres en total, oficiales y marineros; navegó de cabo en cabo, haciendo numerosas escalas y penetró sin obstáculo en el Océano Índico, recalando por espacio de algunas semanas en Ceylán. Desde esta isla emprendió la fragata una nueva etapa que debía conducirla al estrecho de Malaca y Singapore, y una vez aquí se prepararon á penetrar en el mar de la China, después de una larga detención en el puerto últimamente citado; detención causada por la poca costumbre que tienen los turcos de hacer largas navegaciones. Salió, por fin, de Singapore la fragata y llegó á Saigon, donde se abasteció de víveres y carbón. Desde Saigon se dirigió á Hong Kong y llegó, al cabo, felizmente á Yokohama, término del viaje, donde el vicealmirante, ó comodoro Osman Bajá, fué brillantemente recibido por el Mikado. Habíase enseñado en aquellos apartados países la Media Luna, y quedaba cumplida la misión de la fragata, consistente en hacer una demostración naval ante los innumerables musulmanes que moran en el Extremo Oriente y están sometidos al califato religioso del Sultán.

Zarpó, pues, el barco, disponiéndose á regresar á Constantinopla. Reinaba entonces la terrible estación de los equinoccios de otoño, con sus formidables *baguios* ó tifones, huracanes giratorios que cuando cruzan por un mar estrecho exponen á los buques á inminente peligro de estrellarse contra las tierras inmediatas, y no son menos terribles cuando se dejan sentir en las bahías ó fondeaderos. (En 1890 uno de esos huracanes echó á pique en la isla de Sanoa á las escuadras alemana y norteamericana ancladas en el puerto de Apia.)

Era una noche en que se dejaba sentir un calor bochornoso. El ciclón que se atorbellinaba en las elevadas regiones del aire se iba acercando insensiblemente á la superficie del mar por donde cruzaba el *Ertogrul*. Por fin, al sepulcral silencio que reinara hasta entonces sucede un aullido aterrador, espantosísimo: era el ciclón, que se lanzaba y retorció sus horribles espirales por encima de las aguas.

La fragata es zarandeada por los vientos; cruje su armazón, y en torno suyo se levantan las olas en masas piramidales como si quisieran arrastrarla en una ronda infernal, mientras que en el cenit aparece un espacio blanquecino rodeado de tinieblas: *el ojo de la tempestad*.

La situación de los infelices pasajeros del *Ertogrul* se hace más desfavorable aún por la oscuridad que reina. Nadie puede verse. Una lluvia torrencial se junta á las tremendas oleadas que barren la cubierta, y el casco parece dislocarse. Por su parte, el piloto, ignorante de las leyes que rigen esos terribles meteoros, se está cruzado de brazos, sin hacer nada para zafarse del torbellino.

El núcleo de la tromba se va acercando de cada momento más á la fragata, en medio de unos truenos ensordecedores. Pasa, aspirando el agua, aspirando también el buque, que levanta y tiene suspendido por un instante entre el cielo y el agua, y así que ha pasado húndese el *Ertogrul* en el abismo, desapareciendo bajo las olas amontonadas á vertiginosa altura. ¡Todo ha sido tragado para siempre!

Únicamente allá á lo lejos aparecen algunas chalupas y botes arrastrados por el huracán, en los cuales consiguieron salvarse 66 hombres, habiéndose ahogado el resto, hasta el número de 587.

Tal fué este naufragio horroroso, siendo lo más triste que desde entonces acá, á pesar de que han transcurrido apenas dos años, han debido lamentarse no menos terribles siniestros en el mismo paraje.

NOTICIAS

DESCUBRIMIENTO DEL ARCA DE NOÉ

El siglo que va á terminar no será notable únicamente por sus ferrocarriles, sus numerosas aplicaciones de la electricidad, sus maravillosas invenciones en la industria: tendrá, además, otra gloria: los descubrimientos hechos por los sabios exploradores de los monumentos y de las descripciones de los pueblos destruidos.

Después de los trabajos de Champollion, ¿qué progresos no se han hecho para descifrar los jeroglíficos de Egipto y los caracteres cuneiformes de los asirios? Los ingleses y los alemanes se disputan la palma en estos estudios tan penosos y tan interesantes que han enriquecido nuestros Museos.

Llegará tiempo en que el pasado no tendrá secretos, y conoceremos al dedillo la historia, las costumbres, los monumentos de esas antiguas poblaciones de las que apenas queda un vago recuerdo. La historia se rehace al mismo tiempo con una sana crítica, y muchos errores se rectifican.

Estos estudios no se prosiguen solamente en Oriente, sino en el Nuevo Mundo, en Méjico, Yucatán y el Perú. Con motivo del Centenario de la llegada de Colón al mundo desconocido, los periódicos americanos tratan de las poblaciones que habitaban aquel país,

y la Exposición de Chicago suministrará curiosos ejemplos de su avanzada civilización.

Pero, volviendo al Oriente, hé aquí un descubrimiento que suscitará muchas críticas en el mundo sabio. Yo no puedo garantizar la autenticidad: doy los hechos tales como los hallo en el *New York Herald* del 13 de julio, tomados á su vez del *Fare Francisco Examiner*. Si se persiste en dudar, es fácil organizar una expedición al monte Ararat. Está más cerca que el círculo polar, ofrece menos gastos y menos dificultades y la cuestión vale la pena de ser resuelta.

Una antigua tradición nos enseña que el arca de Noé se detuvo en el monte Ararat, y que los hijos de Noé, saliendo del arca, descendieron hacia el S. La situación del Ararat es bien conocida, y en los mapas se halla en el grupo de montañas que se extiende del mar Negro al mar Caspio, por los 40° de latitud norte y los 43 de longitud este.

Su acceso no debe ser fácil porque las nieves lo recubren y el terreno es muy escabroso. Puédese, sin embargo, llegar á la cumbre mejor que á la del *Mont Blanc*.

El reverendo Nouri, doctor en Teología y en Derecho canónico, delegado pontificio en Malabar, ha llegado á San Francisco en el vapor *China* á principios de julio; ha recibido numerosas visitas y ha dado los más minuciosos pormenores sobre su ascensión al monte Ararat, designando las personas que le acompañaban y el día y hora del descubrimiento; ha hecho el dibujo de la montaña y ha suministrado todos los datos que se le pidieron. Es un hombre muy instruído, y de grande energía; habla sencillamente de lo que ha visto, y su relato merece confianza.

«No he dicho todavía nada á los periódicos,—decía,—y no he hablado más que con algunas personas en la India sobre el particular. Si no he publicado nada es porque las personas á quienes lo he contado no me creen y se ríen; pero yo confío en el porvenir para la justificación de cuanto digo.

»El 25 de abril, á las dos de la tarde, he visto el arca sobre la montaña. Estaban conmigo Kahraman, Augustine, Ahanus, asirios cristianos y mahometanos y guías de la caravana.

»Habíamos viajado penosamente por las laderas del cono que se eleva 18,000 pies.

»Al fin de abril la nieve se había fundido en parte, y marchábamos con ayuda de grandes bastones de una madera muy dura del Kurdistan. Yo iba á la cabeza de la caravana, dirigiéndome al NO. Había llegado á unos 16,000 pies de altura. Faltaban unos 1,000 para llegar á la cima. Noté entonces á simple vista una coloración particular que no se parecía nada á la blancura de la nieve en la cumbre.

»Tomé el anteojo, y avanzando todavía unos 300 pies fijé mi atención sobre una mancha negra. Reconocí entonces asombrado que me encontraba enfrente del arca: una gran barca, de la que una parte, saliendo de la nieve, era plenamente visible; tenía como unos 300 pies de longitud y 100 de altura; se alzaba en el medio una torrecilla, y sobre los flancos tenía unas especies de puertas. La torre estaba en parte destruída por la nieve. El día estaba muy claro; los

rayos del sol calentaban; la nieve cedía bajo mis plantas, y se sentía un aire fuerte y frío.

»Yo permanecía en un estado indescriptible de admiración delante del arca de que hablan las Sagradas Escrituras.

»Dí la vuelta al pico de la cima y examiné el arca por todos los lados. No había nieblas ni nubes. La atmósfera límpida no daba lugar á ilusión alguna.

»Después de permanecer largo rato en muda contemplación, llamé á mis compañeros, que hicieron un examen concienzudo, y reconocieron que veían el arca de que habla la Escritura, y dieron gracias al Todopoderoso por el insigne favor que nos había hecho.

»Yo lo repito: estábamos en el pleno uso de nuestras facultades y nada turbaba nuestra vista.

»Nada en nuestra existencia era más cierto que lo que veíamos. Descendimos de la montaña dando gracias á Dios.»

No añadiré nada al relato del reverendo P. Nouri, que traduzco fielmente entregándolo al examen á los críticos y á los comentarios del lector.



SUEÑO TRANQUILO

El doctor Frierdusch ha promovido una verdadera revolución en las casas de Berlín, que probablemente se hará extensiva á todo el mundo.

El sabio médico ha publicado, después de largas y profundas observaciones, un largo y notable artículo en una revista médica, sobre la manera de dormir, ó, mejor dicho, sobre la orientación de la cama donde se duerme.

Dice el doctor Frierdusch que no pocas enfermedades mentales, nerviosas y del corazón tienen su origen ó su precipitado desarrollo por el sitio donde está colocado el lecho del paciente ó del candidato á paciente.

Es imposible seguir minuciosamente la serie de razonamientos, pruebas y observaciones del ilustre médico.

Sabido es que cuando se viaja aconsejan los hombres de ciencia la ventaja de dormir con la cabeza puesta del lado de la locomotora y el cuerpo en la dirección paralela del tren. De esta manera, dicen, el sueño es profundo y tranquilo, sin que el viajero se sienta fatigado por ensueños y pesadillas fatigosas. El movimiento del tren descarga la sangre del cerebro, repartiéndola proporcionalmente por todo el cuerpo.

Recuerda esto el sabio doctor como comprobación de que los sueños, las pesadillas y algunas veces el insomnio pertinaz, cosas todas que influyen desastrosamente en las afecciones cardíacas, mentales y nerviosas, tienen su causa principal en las congestiones cerebrales.

Como la sangre contiene una grande cantidad de hierro, asegura el doctor Frierdusch que cuando el durmiente tiene la cabeza hacia el N. la sangre tiende á acumularse en el sentido de la atracción, ejercida por polo magnético, ó, lo que es lo mismo, que cada uno de nosotros lleva dentro el cuerpo una aguja magnética que funciona con absoluta regularidad.

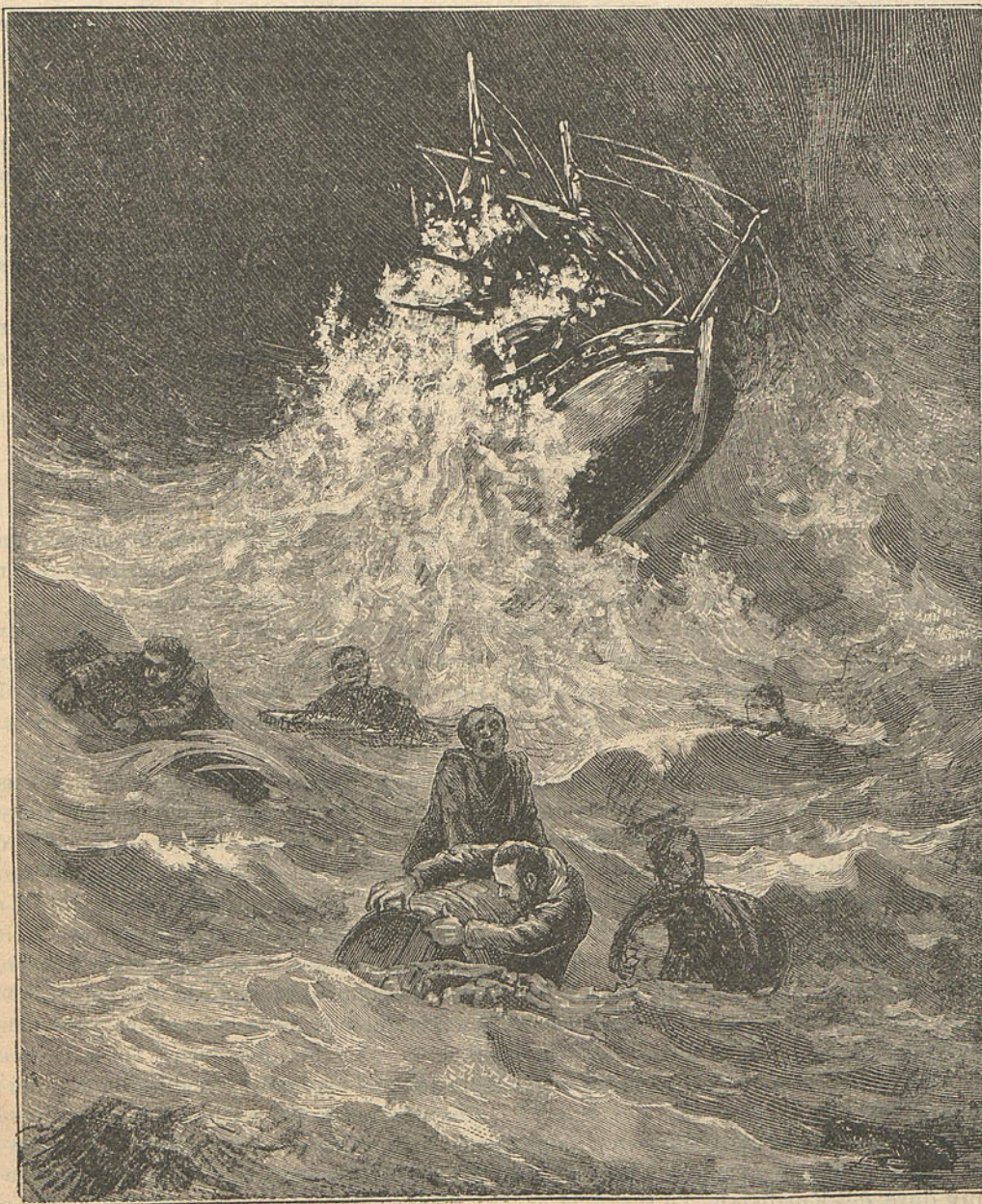
El doctor aconseja que las camas se coloquen con la cabecera apoyada en el Mediodía. De esta suerte se

evitan los peligros de la congestión y se goza de un sueño dulcísimo y tranquilo. Dice que muchos enfermos que se quejaban de la persistencia de los malos sueños se han aliviado como por arte de magia con el solo remedio de cambiar la posición de sus lechos.

Los habitantes de Mequinenza (Huesca) están á

derna. Durará dos meses, y su objeto es demostrar la evolución de la prensa desde los tiempos más remotos hasta nuestros días.

Ya ha empezado en Chicago la construcción de un inmenso hotel que tendrá la forma de un elefante. Este paquidermo de ladrillos estará dominado por una pla-



El naufragio del *Ertogrul*.—La tromba pasa aspirando las aguas y el barco

punto de ser sepultados de un momento á otro por la montaña en cuya base está edificada la población.

A consecuencia de las lluvias, ha perdido dicha montaña su base de sustentación, habiéndose inclinado y quedado en equilibrio inestable, acentuándose de día en día el ángulo de inclinación.

En abril próximo va á celebrarse en Bruselas una Exposición Internacional de la Prensa Antigua y Mo-

taforma en la que se instalará un observatorio, á 70 metros sobre el nivel del suelo. El establecimiento podrá contener 700 viajeros.

A los buenos habitantes de Munich les ha entrado ahora una verdadera comezón por alimentarse con carne de perro. Parece que la *perrofagia* ha sido importada por los numerosos obreros italianos que trabajan actualmente en la capital de Baviera.

Administración: Plaza de Tetuán, 50.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. M. Pla y Valor: Ancha de S. Bernardo, 19, pral.

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL DE LA ILUSTRACION IBERICA, PLAZA DE TETUAN, 50.—BARCELONA